PARROQUIA SAN BENITO

Domingo, 20 de julio, 2025

DOMINGO XVI ORDINARIO

Queridos hermanos y hermanas:

En el camino de Jesús -y nuestro- a Jerusalén, el domingo pasado nos transmitía Lucas la enseñanza sobre la caridad fraterna, con la parábola del samaritano. Hoy, la de la hospitalidad, personificada por las hermanas Marta y María en el evangelio y preparada ya por Abrahán, en el Antiguo Testamento. La hospitalidad unida a la escucha de la Palabra, de la que nos da ejemplo una de las dos hermanas, María.

Pablo, en su carta a los Colosenses, insiste en uno de sus temas preferidos: que Cristo es salvador también para los paganos. Y que todos tienen que unirse a Cristo y madurar en él.

Abrahán que acoge a los tres viajeros y las dos hermanas que acogen a Jesús: las lecturas de hoy nos quieren transmitir una consigna muy sencilla, muy de cada día, pero de valor exquisito para nuestra vida humana y cristiana. ¿Tenemos un espíritu acogedor, hospitalario?

En un mundo tan inhóspito y que facilita tan poco la comunicación entre las personas se nos invita a tener un corazón acogedor para con los demás, tanto si son conocidos como si no lo son: a los ancianos, a los enfermos, a los inmigrantes, a los turistas, a los que no nos caen particularmente simpáticos, a los familiares en necesidad. No se nos pedirá que cada vez les ofrezcamos ternero asado ni cuajada ni leche, como Abrahán, ni que revolvamos toda la despensa como Marta. Lo que se nos pide es saber salir de nosotros mismos, echar una mano para ayudar, hacer sitio a los demás en nuestra vida, interesarnos por ellos.

Es interesante la lista de actuaciones que enumera el salmo, que podrían también concretar qué significa el acoger a los demás en nuestra vida: practicar la justicia, no calumniar ni difamar, no hacer mal a nadie, no practicar la usura. A veces la hospitalidad se traduce también en formulaciones negativas: evitar estas actitudes -que, por desgracia, son muy actuales- es también tener corazón acogedor.

Se trata, además, de una hospitalidad desde la fe, y con recompensa de Dios: Abrahán de alguna manera "ve" a Dios mismo en los huéspedes, sean estos hombres o ángeles, y recibe nada menos que la promesa de que por fin va a tener un hijo. Abrahán, el hombre de la fe en Dios, aparece también aquí -y en otras escenas de su vida- como el hombre de corazón bueno y acogedor para con los demás.

A María y Marta les vienen también toda clase de bendiciones al hospedar en su casa al Mesías: dentro de poco hará Jesús para con ellas un gesto milagroso, la resurrección de su hermano Lázaro.

Dios nos visita de modo misterioso a lo largo de nuestra vida. Ver en los demás a Dios, o a Cristo, es una clave cristiana de indudable valor. El encuentro con el hermano es un encuentro con Dios. Es como una "teofanía": "el Señor se le apareció ... ". Tal vez llevaremos una sorpresa cuando el Juez, Cristo Jesús, nos diga al final: "a mí me lo hicisteis".

Pero Lucas, al narrarnos la escena, además de esta lección de hospitalidad, que ya es muy interesante, pretende algo más. Es más bien a María, la que se sienta a sus pies a escucharle, a la que alaba Jesús, porque ha elegido "la mejor parte".

Ciertamente tiene mérito la actitud de Marta, que quiere atender con toda clase de detalles a su huésped. Parece como si tuviera razón al quejarse de que su hermana no le ayuda. Jesús no desautoriza a Marta: ¿cómo puede hacerlo el que dirá de sí mismo que "ha venido, no a ser servido, sino a servir"? Pero Lucas subraya que hay otra actitud fundamental en el cristiano -él escribe para la generación siguiente, que ya no tendrá ocasión de hospedar físicamente a Jesús- y esta actitud es la de la escucha de la Palabra.

No hay que oponer a estas dos hermanas como símbolos de la "acción" y de la "contemplación", o de la "vida activa" y la "vida contemplativa". Entre otras cosas, porque es impensable que Cristo "desautorice" la acción: el domingo pasado era bien "activa" la postura alabada en el buen samaritano. Jesús, a veces, recomienda la acción, y otras la oración, y hoy la escucha de la Palabra.

Lo que se quiere resaltar aquí -y es una lección para todos nosotros- es la prioridad de la escucha creyente en nuestro acercamiento a Jesús. Al Jesús histórico ya no tenemos ocasión de verlo ni oírlo. Pero queda su Palabra, que es siempre viva, y con ella es con quien nos confrontamos continuamente. María, que seguramente otros días también trabajaba, hoy prefiere hacerse "discípula" de la Palabra. Jesús la alaba, como en otra ocasión alabó más "a los que escuchan y cumplen la Palabra" que incluso a sus familiares según la carne: "mi madre y mis hermanos son aquellos que oyen la Palabra de Dios y la cumplen".

Se trata de una postura de fe ante Cristo, el Maestro verdadero, que nos sale al encuentro en su Palabra viva, también a nosotros, por ejemplo, en la escucha de las lecturas bíblicas en cada Eucaristía. Hay que compaginar las dos cosas: la acción caritativa y la oración contemplativa. La raíz profunda de esta unión de aspectos está en la escucha atenta de la Palabra.

Cada uno sabrá cuál de los dos aspectos le conviene reforzar en su vida: si la acción caritativa, porque tiende a refugiarse en la oración y luego no da golpe a la hora de ayudar a los demás, o bien la oración y la escucha de la Palabra, porque tiende a descuidarla, entregado a un excesivo activismo, que le impide tener unos momentos de silencio y distanciarse sabiamente de la acción.

Jesús, cuyo horario de trabajo y dedicación apostólica difícilmente igualaremos, buscaba momentos de oración personal -además de la comunitaria en el Templo o en la sinagoga- para orar a su Padre, para meditar, dejando por unas horas su dedicación explícita a los demás. Nuestro trabajo no puede ser bueno si no tiene raíces, si no estamos en contacto con Dios, si no se basa en la escucha de su Palabra. Jesús no desautoriza el amor de Marta, pero sí le da una lección de que no tiene que dejarse llevar por un excesivo ajetreo: debe encontrar tiempo para la escucha de la fe y de la oración.

Homilía Pbro. Carlos Chavarría
Parroquia San Benito, San Salvador, El Salvador